la vida diaria moderna, urbanamente solitaria, sólo acentuada de vez en cuando por uno que otro evento. El hecho de que esta novela sea narrada en primera persona, como ya dijimos, en forma de diario, hace a la misma vaivén emocional del protagonista, así como del lector, que se ve, sin querer, cogido de la mano por los pasajes que su autor-protagonista elige recorrer. Martín Santomé se enamora de su joven auxiliar en la oficina; para sorpresa de él, se ve correspondido por ella en su amor, pero el destino-tiempo, enemigo al fin, arranca de sus manos, al morir Laura repentinamente, su única esperanza vivencial de continuar esa efímera tregua. La novela va más allá de la trama sentimental que la estructura. Es, como dijimos, una praxis de la ideología central del autor uruguayo, desarrollada como toma de conciencia activa en sus años de Cuba. Esa ideología es la que se sintetiza en la siguiente confesión del autor: «Aun el no comprometido, se compromete, ya que quien pretende ponerse al margen de la gran contradicción entre pueblo y oligarquía, es porque de alguna manera no se siente integrante de ese pueblo o porque mantiene equívocas relaciones con la oligarquía.»

Esta tesis se extiende todavía más y abarca toda una concepción del arte y de la literatura como función sociopolítica. Mario Benedetti ha dicho: «Cuando parece que la vida imita al arte es porque el arte ha logrado anunciar la vida.» Siguiendo el cauce de esta idea creo que podemos vislumbrar con claridad el sentido primordial de la obra literaria de este escritor, expresándolo así: el arte de Benedetti anuncia la vida. Con estas líneas comienza precisamente Eduardo Nogareda su extenso y comprensivo prólogo a la novela.

Nogareda no sólo traza un itinerario de la vida de Mario Benedetti dentro del concepto literario de su creación artística, sino que sitúa a esta novela dentro de una evaluación totalizante de la obra del escritor desde su primer libro de poemas, *La víspera indeleble*, publicado en 1945 y desestimado posteriormente por su autor, hasta su incorporación a la Casa de las Américas como asesor literario. Para cubrir este último tramo de su «dilatada carrera» utiliza una grabación hecha en Madrid durante una entrevista radiofónica del 26 de noviembre de 1977, que completa adecuadamente la figura de Mario Benedetti, artista y hombre de la América nuestra.

Como es costumbre en esta serie de las Ediciones Cátedra, una «Bibliografía selecta» de y sobre la obra de nuestro autor sigue al prólogo y a «Juicios sobre Benedetti».

REMY FONTAINE

University of Pittsburgh.

RICARDO PALMA, *Cien tradiciones peruanas*. Prólogo, selección y cronología de José Miguel Oviedo. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.

La «Biblioteca Ayacucho» viene publicando desde hace unos años una serie de excelentes ediciones de obras clásicas de la literatura hispanoamericana, entre las que figuran el *Canto general* de Pablo Neruda, *Ariel* de José Enrique Rodó y *Fa-cundo* de Domingo F. Sarmiento. La presente edición de las *Tradiciones* de Ricardo Palma a cargo del crítico peruano José Miguel Oviedo se suma a esta espléndida colección.

El primer problema que hubo de resolver el profesor Oviedo fue el de elegir los textos en que basar su estudio. Después de citar las ediciones de Ventura Gar-

cía Calderón, Luis Alberto Sánchez, Carlos García-Prada y George W. Umphrey, opta por la edición de Edith Palma, por ser la más difundida y accesible, además de contener los *Anales de la Inquisición de Lima*, la *Bohemia de mi tiempo* y *Recuerdos de España*, y artículos varios, junto con algunos de los «prólogos» que acompañaban a ciertas series de las *Tradiciones*, apéndices e índices. Oviedo procede a transcribir los textos de dicha edición, mas con gran rigor científico los limpia de muchas de las erratas que afeaban sus páginas, eliminando un buen número de notas no autorizadas.

Al igual que otros estudiosos de las «tradiciones», Oviedo se ve obligado a determinar el criterio con que seleccionarlás, empresa nada fácil, pues no hay que olvidar que Palma compuso un extenso número de «tradiciones». Su decisión, acertada a nuestro parecer, consiste en ceñirse al mismo plan que formulara el propio Palma, es decir, el ordenamiento por series en vez de una selección estrictamente cronológica o temática, como resulta ser la edición de Edith Palma. El autor de las «tradiciones» inició su primera serie en 1872, para concluir con la octava y última en 1910, y así aparecen las «tradiciones» de esta edición de la «Biblioteca Ayacucho».

Deseoso de que esta colección constituya un adecuado muestrario, Oviedo elige las «tradiciones» teniendo en cuenta «sus méritos intrínsecos, capacidad de mostrar la evolución del género, los distintos estilos y asuntos que intenta», todo ello con el fin de proporcionar al público una edición que sea «la más ilustrativa». Fiel a esta consigna, escoge «tradiciones» en que «la concisión, el interés básico de la anécdota o el retrato del personaje dan un valor especial al texto, todo ello buscando representar distintas épocas históricas del Perú o América», ambicioso plan éste y que, a nuestro modo de ver, logra muy bien el crítico peruano.

En el prólogo Oviedo sitúa a Palma en el contexto de la literatura de la época en que le tocó vivir; estudia la génesis y desarrollo de la «tradición», así como sus características, para concluir con un análisis de su popularidad y alcance.

La primera fase literaria del autor de las «tradiciones» coincide con el apogeo del romanticismo en el Perú (1848-1860) y la segunda generación romántica de la América hispana. Entre 1852 y 1861 Palma da comienzo a su obra, iniciándose en calidad de periodista y acusando fuertemente el romanticismo imperante a la sazón. Algunas de sus primeras «tradiciones», como «El Nazareno» y «La hija del oidor», evidencian el gusto romántico del autor. Irónicamente, será el destierro en Valparaíso donde Palma forjará su sello personal y se afianzará literariamente. En las «tradiciones» que salen a luz en las páginas de *La Revista de Sud-América* y la *Revista del Pacífico*, entre 1860 y 1863, Palma va acercándose paulatinamente a la fórmula que habrá de dar popularidad y éxito a su creación literaria. Palma se percató de que la etapa colonial no había sido estudiada por los románticos. Su vocación de historiador encuentra en la época virreinal una rica cantera de material, y así, combinando el hecho histórico con fuertes dosis de imaginación, va a plasmar su propia invención: la «tradición». De ese período de Valparaíso surgen los *Anales de la Inquisición de Lima*, cuya publicación en Lima, en 1863, en forma de libro, será favorablemente acogida por la crítica limeña. Palma se sentía atraído por un pasado que consideraba urgente rescatar del olvido y menosprecio y que en cierto modo conceptuaba superior al presente. Como buen historiador, supo ahondar en la lectura de las Actas del Cabildo de Lima, en el Archivo de la Real Academia de Lima, en los manuscritos de las bibliotecas conventuales y en la misma Biblioteca Nacional. Redondeó su preparación mediante la lectura del romancero tradicional, los clásicos del Siglo de Oro español y los costumbristas espa-

ñoles del siglo XIX, como Fray Gerundio, Larra y Estébanez Calderón. Oviedo sostiene que la vena satírica, tan característica de la literatura peruana, está presente en Palma desde el principio, mas su acierto consiste en dar con el fiel de la balanza: no rechazar lo nuevo por lo tradicional y viceversa; amar a España tanto como al Perú.

A medida que Palma perfecciona la «tradición» vemos cómo ésta se desdobra en tres partes. En la primera, el autor sitúa el marco histórico en que desarrollará la acción del episodio o anécdota; en la segunda, cuando creemos que vamos a llegar al desenlace, se da entrada a lo que Oviedo tilda de «el consabido parrafillo histórico», utilizado por Palma a veces con finalidad didáctica: educar al pueblo haciéndolo conocedor de su propia historia; y, finalmente, la tercera parte, en la que generalmente Palma despliega su talento de escritor recurriendo con frecuencia al uso de refranes, coplillas, epigramas, etc., todo un arsenal de recursos en que el talento criollo de Palma se manifiesta en todo su esplendor.

Oviedo subraya el espíritu ambiguo y tolerante de Palma, el único escritor romántico del Perú con clara conciencia de estilo. Este aserto de Oviedo lo corrobora mediante las citas de varias reveladoras cartas de Palma a Clorinda Matto de Turner, Víctor Arreguirre y Alberto Larco Herrera, documentos que ponen de manifiesto el esmero estilístico con que Palma redactó sus «tradiciones».

En lo que atañe a la definición de la «tradición», sobre lo que tanto se ha dicho, Oviedo ve en ella un ejemplo de «mestizaje literario que reúne con sutileza lo vernáculo y lo clásico, lo limeño y lo hispánico, lo colonial y lo republicano, la historia y el cuento, sin confundirse necesariamente con ninguno de ellos». El autor de esta edición siente una especial predilección por la fórmula propuesta por Robert Bazin: leyenda romántica + artículo de costumbre + casticismo = tradición.

En cuanto a las deficiencias literarias de Palma, Oviedo apunta correctamente que la «tradición» es un «arte menor» en el que la repetición es frecuente. Señala la superficialidad y aspectos monocordes de sus cuadros, así como la tendencia a confundir la elocuencia con la charla trivial y la propensión de Palma a la digresión. En suma: Palma no profundiza, sino que procede por acumulación.

Esta utilísima edición va acompañada de una cronología en la que se sigue la vida de Palma de 1833 a 1919, al igual que los sucesos político-literarios en el Perú, la América hispana y el mundo exterior. Hay también una extensa bibliografía sobre la obra de Palma y una sección dedicada a recoger la crítica escogida.

De acuerdo con el criterio general establecido por la «Biblioteca Ayacucho», las notas de estas ediciones no pretenden ser eruditas. Por tanto, Oviedo no intenta resolver todas las numerosas y complejas cuestiones que plantea la presencia de arcaísmos, americanismos y peruanismos en los textos de Palma. Las notas están dirigidas a ayudar al lector culto general, no al especialista. Esta es una limitación que puede reducir el uso de ediciones como la presente; sin embargo, esta deficiencia se ve superada por el beneficio que aporta al poder ser leídas por un vasto público. Echamos de menos lo que, sin duda, es un pequeño descuido: la no referencia en el cuadro cronológico a las publicaciones de algunas de las «tradiciones» de Palma en la *Revista de Lima*, la más importante revista de la época romántica limeña. Tampoco se señala el que Palma, en 1873, dirigiera dicha revista, tocándole la impropia tarea de cerrar su publicación.

El profesor Oviedo debe ser felicitado por esta magnífica edición, que habrá

de constituir, de ahora en adelante, el punto de referencia básico para cualquier estudio futuro de las «tradiciones» de Ricardo Palma.

CARLOS GARCÍA BARRÓN

*Universidad de California,
Santa Bárbara.*

ELEANOR J. MARTIN, *René Marqués*. Boston: Twayne Publishers (Twayne World Authors Series 516), 1979.

La aparición de este libro coincidió con la muerte del autor que estudia: casualidad dramática que René Marqués habría sabido apreciar. Pero lo cierto es que hay muy poco de dramático en este estudio sin pretensiones de la profesora Eleanor J. Martin. Como la mayoría de los libros de la serie «Twayne World Authors», éste es amplio, competente y superficial. No falta en él ningún dato de importancia sobre la obra de René Marqués y la información biográfica que ofrece es, en general, suficiente, aunque se echa de menos algunas alusiones al retiro casi total de Marqués, tanto de la creación literaria como de la labor docente, en los últimos cuatro o cinco años de su vida. Tampoco escasea en el libro la interpretación, aunque ésta se limita a un examen de la evolución en el estilo de Marqués dentro de los varios géneros que cultivó (novela, poesía, ensayo, cuento, drama), y a una concepción algo rudimentaria de la obra de Marqués como «un espejo de su época» («a mirror of his times», p. 17). La autora se esfuerza por situar los textos de Marqués en un contexto más amplio, particularmente en el de la situación político-económica de Puerto Rico como colonia de los Estados Unidos. Es cierto que este hecho tiene una relación más directa con la obra de Marqués que con la de algunos otros escritores puertorriqueños (aunque el problema colonial de Puerto Rico ha estado presente en la mayor parte de la literatura puertorriqueña de este siglo, particularmente en la obra de nuestros mejores poetas: Lloréns, Palés, Matos Paoli), pero la profesora Martin no logra demostrar satisfactoriamente cómo se articulan esos dos niveles —el de la historia de Puerto Rico y el de los textos de Marqués—. La profesora Martin se contenta con ofrecer algún trasfondo histórico-social y luego con establecer una vaga tipología de los escritos de Marqués, dividida en textos dramáticos y textos no dramáticos. Los criterios con que la profesora Martin subdivide la obra dramática de Marqués vacilan entre la cronología (habla de su «Early Drama») y el análisis temático (habla del «Social Drama», el «Social-Existential Drama» y el «Biblical Drama» de Marqués).

Hay que indicar que, en su explicación de algunos textos individuales de Marqués, la autora ofrece una serie de comentarios interesantes y útiles para la mejor comprensión de éstos (véanse, por ejemplo, sus apuntes sobre *Mariana o el alba*, páginas 102-106), pero se echa de menos un enfoque crítico que bregue adecuadamente con la diversidad de los textos de Marqués y que nos proponga un criterio unificador de los mismos o, mejor aún, que explore el significado de esa heterogeneidad. En otras palabras: ¿qué llevó a Marqués a ser un polígrafo? Y más aún: ¿qué es un polígrafo? ¿Qué significa ser un polígrafo? ¿Cuál es la relación entre la diversidad de textos que produce el polígrafo y la naturaleza de la representación literaria, es decir, de la escritura? La obra de Marqués abunda en indicios que nos pueden ayudar a responder, o al menos a explorar algunas posibles res-